

## Con solicitud maternal

*Octubre 1966*

Gozo. Alabanza. Adoración. Nuevo respeto, nueva distancia y a la vez cercanía íntima de la Virgen con su Hijo resucitado.

Fe. Esperanza. Amor. Arrobamiento y contemplación de todo lo maravilloso que está ocurriendo.

Cuidado maternal de los discípulos temerosos y pequeños, que son sus nuevos hijos.

Y después de la Resurrección, de la Ascensión y de Pentecostés no tengamos duda de que la vida de la Virgen se resume en dos actitudes y actividades. Su Hijo está en el cielo. Cierto que está en su alma en cuanto Dios, cierto que lo recibe en la Eucaristía que le dan los Apóstoles, posiblemente Juan, pero no lo ve permanentemente, ni lo toca, ni lo oye sensiblemente como durante tantos años en la tierra.

La Virgen vive con la mente y el corazón en el cielo, toda hecha fe, toda hecha amor y, sobre todo, toda hecha esperanza: espera confiada y ansiosa el momento del reencuentro. La mente y el corazón en el cielo.

Y, al mismo tiempo, las manos en la tierra. Si mira siempre al cielo con esperanza, mira a la tierra con solicitud

maternal respecto de sus hijos adoptivos. Ahora que Jesús se fue, la Virgen siente toda su responsabilidad maternal, toda la nueva gestación del Cristo Místico, cuyas primeras células son esos discípulos. Esperanza y solicitud. Deseo del cielo y preocupación, solicitud por la tierra.

Finalmente, la Virgen en el cielo: ya no hay en Ella fe ni esperanza; tiene visión y posesión. Y, por eso mismo, tiene un inmenso amor, mucho mayor que el que tuvo en la tierra.

Tiene gozo y un enorme poder para interceder maternalmente por sus hijos que quedaron en la tierra y a quienes quiere llevar junto a Jesús, Cabeza del Cristo Místico que, como nuevo hijo, tiene que dar a luz y desarrollar permanentemente, hasta que quede definitivamente seguro junto con la Cabeza en el cielo.